



IMPERATIVO LEGAL

El Rey tenía que recibir a Amaiur por imperativo legal, pero la obligación no implica poner buena cara

POR imperativo legal, como le dijo una vez al batasuno Idígoras, tiene que recibir el Rey a los parlamentarios que aspiran a derrocarlo. La obligación constitucional no incluye que tenga que ponerles buena cara; por eso el Monarca, que cuenta muchos trienios, sacó su expresión más avinagrada para darle la mano a un tipo de Amaiur en cuyo rostro se notaba la ansiedad por disfrutar de sus minutos de gloria. Mala suerte la del tal Errekondo: su mayor afinidad con Don Juan Carlos consiste en haber jugado al balonmano con su yerno, que no es precisamente el familiar más grato de nombrar en Zarzuela en este preciso momento. La profesionalidad del soberano, acostumbrado a ejercer una función simbólica, le ayuda a graduar el desagrado de su semblante. Había una diferencia apreciable entre la fría cordialidad gestual dispensada al representante de los republicanos catalanes y la incomodidad manifiesta que expresó al delegado de los continuadores de ETA. Se veía mucho más contento al visitante que al visitado.

No deja de ser curioso el arrobo con que tanto independentistas como republicanos —incluso republicanos independentistas— acuden a ver al jefe del Estado. Se entiende tan poco como su empeño en deponer al rey de una nación de la que desean separarse. Si tienen voluntad de secesión qué más les dará cómo se organice el país que quieren abandonar, a menos que consideren que el formato republicano favorece mejor sus ambiciones soberanistas. El caso es que parapetados en el pretexto reglamentista escenifican con entusiasmo la liturgia de una consulta poselectoral que, ante la rotunda mayoría absoluta, podría despacharse por teléfono. Vestidos con sus mejores galas —la máxima rebeldía de los más cimarrones consiste en prescindir de la corbata— disfrutan del instante de protagonismo que les concede la real audiencia, y como el Monarca no da ruedas de prensa ofrecen del encuentro relatos a su medida. Alguno, como el portavoz de ERC, incluso se permite añadir machadas que no ha sido capaz de repetir dentro; los más transmiten versiones interesadas de las que cabría colegir que el Rey se ha mostrado no sólo sensible a sus argumentos sino partidario de sus causas.

Este protocolo versallesco es tan grato como intrascendente. Ni unos ni el otro olvidan que el verdadero (y legítimo) objetivo de los invitados es dejar al anfitrión sin empleo, y que este ritual es mera diplomacia voluntaria y recíproca, una amable representación de respeto democrático. Pero al comparecer Amaiur se produjo ayer un salto cualitativo; los filoetarras aún no han abjurado de sus recientes complicidades y no hace tanto tiempo que uno de sus patrocinados tuvo a Su Majestad en el punto de mira de un fusil telescópico. La situación era violenta —nunca mejor dicho— y el monarca procuró que se notase en un gesto seco, adusto, gélido. Que una cosa es la cortesía y otra el mamoneo.